

¿A QUÉ HORA VIENE EL PASADO?

Mi vecina María se pasó la vida aplazando los buenos momentos para que no se le gastaran. Los guardó como se guarda el pan caliente, con esmero, pero sin darse cuenta de que se le iban a poner más duros que un cuerno.

Las fiestas le dieron siempre tanto miedo, que se pasaba las vísperas haciendo conservas de emociones para que no se le echaran a perder. Y creyendo que el futuro se podía almacenar como se guarda el dinero, se dedicó a hacer arrope de melaza con las caricias que no quiso y confituras con los besos que nunca dio.

Se quedó sola porque los que vinieron a buscarla no eran los que ella esperaba, y porque los que esperaba no vinieron a buscarla. Pasó de puntillas por los amores juveniles, y plastificó tan bien sus fantasías para que no se le arañaran, que no fue capaz de entender que los caramelos empapelados no tenían sabor.

Poco a poco, sin querer y sin poder evitarlo, se fue enredando de tal forma en su propósito de convertir su mundo en una sala de espera, que la vida se le volvió amargosa a fuerza de quitarle el azúcar. Reservando para mañana todos los sueños y todas las pasiones, sin más lógica que la de la costumbre, hizo del presente un sitio que solo servía para guardar el futuro.

María se empeñó en aprovechar todos los deshechos para no tener que gastar lo que estaba por hacer. Hacía libretas con las papeletas electorales, macetas con las latas del tomate y fruta escarchada con las ilusiones. Y convencida de que podía usar las conservas del pasado cuando le diera la gana, no solo hizo del presente una alacena para el futuro, sino que creyó que las emociones metidas en salmuera no le iban a acabar sabiendo a salitre.

Y así, esperando a una ocasión que nunca llegó, se le apolilló la ropa de disanto mientras se vestía con pingallos, se le pusieron rancios los salchichones comiendo tocino añejo, y se le caducaron las inquietudes a fuerza de rumiar resignaciones.

Y con un almacén atestado de emociones guardadas, se hizo vieja haciendo conservas de todo lo efímero. Y viviendo con la confianza ciega de que el pasado se iba a quedar en el mismo bote que lo guardó, estuvo hasta que una tarde, al asomarse a la despensa de la vida, se dio cuenta de que no tenía recuerdos, de que los besos en conserva se le habían

arrugado como pasas y de que las ilusiones envasadas al vacío se le habían endurecido como piedras.

Me llamó para que la ayudara a recuperar la vida. Me dijo que le mirara los botes de las conservas, y cuando le conté que tenían fugas y que el tarro de las grandes expectativas estaba vacío, se sentó a esperar lo que se le había evaporado; tranquila, pero sin darse cuenta de que el pasado ya no tenía remedio.

—Saca la mantelería bordada y la vajilla fina, que tengo el palpito de que los recuerdos van a venir a tomar café con nosotras.

Le coloqué la mesa grande, le bajé de la vitrina las tazas de porcelana, le puse las cucharillas de alpaca brillante y le planché el mantel del ajuar con las manos. La peiné con laca cara, le saqué la ropa de disanto y le puse los zapatos anchos para que no le dolieran los callos. Le hice café de puchero con leche condensada y lo serví con dulces finos. Se lo calenté cuando se enfrió y se lo recalenté hasta que, siendo ya noche cerrada y cansada de esperar, mi vecina María me preguntó:

—¿A qué hora dices que vienen los momentos que dejamos pasar? Porque he esperado tanto que, si no vienen pronto, voy a tener que ir a buscarlos.

Y eso hizo. Sin moverse de su mecedora, vestida como una reina y llena de emociones sin usar, se quedó dormida para siempre y se fue a buscarlos. La enterramos al día siguiente con los labios flamantes, con la piel sin marcas de caricias, con el tarro de las emociones vacío y con el ataúd sellado al baño María.